

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*El Faisan dorado*, por D.^a Angela Grassi.—*Ultimo canto* (poesía), por D.^a Clotilde Aurora Príncipe.—*La Cruz del Olivar*, por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 843.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patronos*.

REVISTA DE MODAS.



ON la proximidad de la Exposicion, los almacenes de modas de París que sirven de norte á la Europa entera, se exceden en su habitual actividad, y son infinitas las creaciones que se anuncian, como rivalizando en fijar la atencion de la sociedad cosmopolita, que se dará cita para dentro de un mes en la capital del vecino Imperio. Quién asegura que la forma de los trajes ha de sufrir una reforma radical; quién que las variantes se reducirán á los accesorios. Nosotros nos atenemos al primer caso, porque la Moda nace cada año con la primavera, y este en que nos encontramos tiene doble razon de nacer. Ante la animacion de que va á ser teatro la capital de Francia, la Moda no puede permanecer en vergonzosa inaccion, y además, el carácter un tanto escéntrico que hoy ostenta, aumenta la necesidad de su modificacion.

Las mangas sueltas de la Edad Media que han principiado á indicarse este año en los abrigos y trajes de sociedad, parecen destinadas á alcanzar gran favor en los de calle para la primavera, y si las mangas cambian de forma, será un pronóstico fatal para las faldas! Las colas que reinaban sin rival en nuestros trajes de salon, están amenazadas de la tijera... En fin, se anuncia mucho, se espera mucho, y si nuestras indicaciones despiertan la impaciencia de nuestras lectoras, ésta se verá en breve satisfecha, recibiendo las primicias de las nuevas que nos trasmitan nuestros correspondientes en la capital de Francia.

Entretanto que llega tan deseado momento, continúan haciéndose los trajes de escaso y muy nesgado vuelo, con túnica-peplum, modelo que han recibido ya nuestras lectoras en varios de nuestros lindos figurines.

Esta forma se adopta igualmente para calle ó sociedad,

con la importante diferencia de que en el primer caso se hacen traje y túnica de igual color, y en el segundo se confecciona la túnica de grós ó raso sobre traje de tul, sembrado de rosas ó margaritas, ó por el contrario, de tul ó encaje la túnica sobre traje de seda.

Para fijar aún mas á nuestras lectoras en ambas combinaciones, vamos á describirles un traje de calle y otro de baile, ambos con túnica, pero de distinta forma y adornos. (*Figurin 843.*)

Consiste el traje de baile ó soirée en falda de raso color rubí (rosa vivo), muy nesgada, por lo cual resulta enteramente ceñida por arriba, y ampulosa de abajo. Sobre esta falda lisa, va la túnica-sotana, de glasé blanco, escotada en cuadro, sin mangas, y adornada en todas sus costuras de un biés de raso color rubí, repitiéndose otros dos en el escote: las costuras de la túnica van abiertas en su mitad inferior, subiendo el adorno de biés y encaje blanco que la guarnece por todas las aberturas. Camiseta escotada tambien, manga corta bullonada de tul, y peinado de moña muy alta, rizada, sujeta con cinta rosa, y sortijillas á la frente, completan tan nuevo y distinguido atavío.

El traje de calle es de forma Emperatriz (sotana) de glasé azul con manga justa, y el cuello y hombrera de terciopelo negro: una sobrefalda tableada y sujeta á un cinturón de terciopelo negro, que se anuda con cabos flotantes, mas bajo del talle, á la altura de la cadera, forma la túnica, debiendo acompañar á este traje sombrero de tul blanco, de fondo aplastado y ala ondulada y guarnecida de pluma blanca rizada: grupo de rosas á la izquierda, velo blanco y bridas de seda blanca completan el sombrero.

Si todavía se vacila en afirmar cuál será el carácter de la Moda primaveral respecto á trajes, no sucede lo mismo en materia de sombreros. Estos continuarán decididamente

pequeños, y se ven ya sombreros de frescura primeveral, de copa aplastada y colocada en la parte superior, y ala ondulada ó cuadrada, que muestran ya el carácter de la Moda nueva. Las flores vuelven á ser su adorno esclusivo, y los de tul y crespon se realzan con ramas de eglantina, de lirio, de violetas y jacintos. Esto es combinarse las galas de la Moda con las galas de la naturaleza!

Para soirée se usan los adornos de estas mismas flores, colocando el grupo de ellas sobre la moña, y descendiendo una ligerísima guirnalda á perderse entre los rizos que la guarnecen al pié, descansando sobre el cuello. Muestra mas exacta de su colocacion, así como del peinado, siempre cuestión preferente del atavío femenino, encontrarán nuestras lectoras en el figurin de ellos, que se reparte con este número á las que son suscriptoras á su seccion especial, que es la completa del periódico.

Las telas de primavera empiezan ya á ostentarse en nuestros almacenes, encontrándose en ellos tejidos de seda de verdadera frescura y sencillez; el glase en colores lisos ó chiné, y el foulard en listas ó cuadros menudos, todos sobre fondo claro, son las verdaderas telas de primavera.

Los abrigos ligeros empezarán en breve á fijar la atencion de nuestras elegantes, que volverán á adoptar el paletot, corto y holgado, de cachemir ó de grós de París, de tan pocas pretensiones como graciosos en su corte. De la última tela hemos visto uno sembrado de cuentas blancas, completándole botones de plata oxidada, que aunque algo prematuro, era un encantador abrigo de primavera. También alcanzará igual favor que los años anteriores el paletot igual al traje, hecho con la forma de actualidad.

La lencería, hoy tan rico accesorio de la *toilette*, ofrece en todas estaciones recursos para realzar y variar los trajes de la mujer, y de *La Corona Imperial*, casa especial de lencería en París, se citan por uno de nuestros correspon-

sales juegos de cuellos y puños, estilo Luis XIII, en punto de Venecia, que son un modelo de riqueza y buen gusto. Las vestas bullonadas en distintos sentidos con encajes y cintas, completándolas manga corta ó perdida de tul, son otra novedad de dicha casa, debiendo citar tambien chaquetillas de encaje, terminadas por picos á lo chino, y petos ó cuerpos suizos con hombros, todo el peto de encaje ó bordado, con viso de color igual á la falda, que es un verdadero capricho del que se han apoderado para ceñir su talle en los bailes y reuniones todas las niñas de diez y seis años de la sociedad francesa: aconsejamos este juguete infantil á las niñas de la nuestra.

Aprovechad este último peinado de fiestas invernales, niñas hermosas: robad á la Moda sus mas recónditos secretos, no para realzar vuestros juveniles encantos, que prestan galas á las galas mismas, sino para armonizar la hermosura con la elegancia, en las fiestas que aun os reservan este año muchos aristocráticos salones: todavia hay anunciadas infinitas para antes y despues de la Pascua, y todo parece indicar que la estacion concluirá tan animada como empezó, dejando gratos recuerdos para el verano, y haciendo nacer esperanzas para el próximo invierno. Aprovechad hasta el fin la estacion del baile, de la música, de la comedia y del amor! En breve pasarán los pocos meses que aun os quedan, y entonces ireis á llevar á la orilla del mar ó al pié del álamo el tesoro de vuestros recuerdos, que dejareis perder entre la dulzura de la brisa, el perfume de las flores, el gemido del mar y el eco de la campana de la ermita.... Si vuestro corazon sabe sentir, si no es mudo á dulces emociones, os considerareis dichosas al nacer vuestras impresiones en el invierno, y aun mas al dejarlas perder entre la poesía de una tarde de verano!

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

EL FAISAN DORADO.

A la señorita D.^a LAURA GARRIDO.

A tí, mi dulce y sencilla Laura, quiero dedicar este cuento, con que mecian mi sueño en los años felices de mi infancia.

¿Era en Alemania, en Suecia ó en Dinamarca, en donde habia saludado los primeros rayos del sol la hermosa Gelia? ¡Lo ignoro! Sólo sé que era un pais en donde silbaban sin cesar los aquilones, en donde las brumas empañaban de continuo el azul purísimo del cielo, en donde las hojas lácias

y amarillentas en vano invocaban las templadas brisas de la primavera.

Gelia era una hermosa niña de quince años, pálida y endeble como el lirio de los valles. Vivía sola en una blanca casita. A la sombra de un abeto, que se elevaba á muy poca distancia, dormían el sueño eterno sus padres y sus hermanos.

Gelia vivía sola, y se alimentaba con las legumbres de su huertecillo, y subvenía á sus necesidades con el trabajo de sus manos.

Era amante, cándida, modesta. Los aldeanos de las cercanías la amaban como á una hija.

Pero Gelia, aunque amaba á los aldeanos, amaba mas á un pájaro de espléndido plumaje, que su padre la habia traído de remotos climas, y que la habia legado al morir como una preciosa herencia.

¿Has oído hablar del ave Fénix, Laura mía?

¡Ave sagrada, que á la hermosura de sus plumas, á la melodía de su canto, unia la inmaculada pureza, de la cual era símbolo, y que inmortal como el bien, renacia cada cien años de sus propias cenizas! ¡Ave peregrina, objeto de la veneración de los antiguos, cuya virgen fantasía sabía crear tantos mitos poéticos y deliciosos, que ya no puede concebir nuestro calculador ingenio!

Un sábio moderno, el célebre Mr. Cuvier, pretende, sin embargo, haber reconocido al ave, tenida por fabulosa, que habitaba en la Arabia feliz, en el faisán dorado de la China.

Escucha ante todo, Laura, la descripción que este mismo sábio hace del faisán dorado, y que tanto se asemeja en efecto, á la que hacían del Fénix los pueblos primitivos.

«Es mas suave que la seda su plumaje, dice, mas brillante que el oro, mas bello que los rubíes y las esmeraldas, que reflejan todos los matices del arco iris. Su vientre es de color de fuego: ostenta en la cabeza un hermoso copete, que se levanta y se dilata cuando el pájaro experimenta una viva emoción de amor ó cólera. El pico, las patas y las uñas son amarillas, amarillo el pecho, y el lomo verde. Adorna su cuello un collar anaranjado, con pintas negras, y las alas son rojas, con una bella mancha azul en medio. Las plumas de las alas, dobladas cada una en dos planos, se cubren unas á otras como las tejas de una azotea, y la cola es cenicienta y muy larga, formando un conjunto caprichoso y sorprendente.»

Buffon, hablando de la misma ave, dice:

«Puede mirarse como una especie del faisán ordinario, que se ha embellecido bajo un cielo mas puro y esplendoroso; son dos ramas de una misma familia, separadas desde largo tiempo, que sin embargo de haber formado dos razas distintas, se reconocen todavía, supuesto que donde quiera que se encuentran se unen, se mezclan y producen juntas.»

El faisán dorado es un ave que tarda mucho tiempo en desarrollarse, y solo al cabo de tres años cumplidos, empieza á adornarse con sus bellísimos colores. Se alimenta como la gallina, con toda especie de granos. Es polígamo, y basta un macho para cinco ó seis hembras. Estas, que le son muy inferiores en hermosura, empiezan á poner desde la edad de dos años, y sus huevos, que suelen ser en número de doce ó quince, son mucho mas rojizos que los del faisán ordinario.

Para que este pájaro viva y se multiplique en nuestras frias regiones, solo se necesita preservarle de la humedad, y darle, en cuanto sea posible, sol, aire, luz y espacio.

Ahora bien; el ave compañera de Gelia era un faisán dorado. Ninguno había salido aún en aquel tiempo de los venerandos bosques de la China, y cuantos viajeros acertaban á pasar por aquel sitio, le contemplaban con estático embeleso. Llamábanle el pájaro maravilloso, no acertando qué nombre darle, y muchos envidiaban su posesión á la tierna niña.

Es que el faisán no era solamente bello; era al mismo tiempo cariñoso y entendido. Si Gelia le amaba, él parecía corresponderla con igual ternura. Se posaba sobre la cabecera de su lecho si dormía ó estaba enferma, se posaba so-

bre su hombro si hacia labor ó cultivaba los frutos de su huerto. Si estaba triste la alegraba con su canto, ó le hacia mil caricias con el pico.

Un día que Gelia estaba á la puerta de su casita, teniendo al faisán en su regazo, vió levantarse en el confin del horizonte una nube de polvo, y cuando el polvo se disipó, vió que se acercaba una magnífica carroza, tirada por ocho caballos negros, con plumeros blancos. En la carroza iba una dama de espléndida hermosura, cercada de muchos servidores.

Los ojos de la dama se fijaron en el pájaro, y quedaron deslumbrados. Entonces mandó á sus servidores que detuviesen la carroza, y preguntó á la niña:

—¿Quieres dármele?

Gelia hizo una reverencia, y respondió ruborizándose:

—Mi padre lo trajo de lejanos climas, y me encargó que no me separase de él, como no fuese para hacer una obra buena!

—Mira, prosiguió la dama con dulce y persuasivo acento. Yo te daré por él tres magníficos vestidos; uno salpicado de estrellas, otro sembrado de lunas, y de soles el tercero. Si te vistes con ellos parecerás la dama mas hermosa de la tierra.

La niña se puso encendida, su corazón palpitó con violencia: ¡era mujer! Pero se sobrepuso al instante á su emoción, y respondió con enérgica dulzura:

—¡Jamás me separaré del amigo de mi infancia, jamás desobedeceré á mi padre!

La dama hizo un gesto de despecho y la carroza se alejó rápidamente.

Pero en el confin del horizonte, se levantó otra vez la espesa polvareda.

Los que se acercaban eran muchos caballeros montados en briosos corceles, cuyas bridas eran de oro, cuyos frenos eran de plata.

El que iba delante de todos se detuvo también para admirar al ave peregrina.

—¿Quieres dármele? preguntó á Gelia.

—¡Oh, no! dijo ésta sonrojándose; no he querido cedérsela á una hermosa dama que me ofrecía tres magníficos vestidos, y con ellos la belleza.

—Pues yo soy Rey, se apresuró á decir el apuesto caballero, y te daré por ella la mitad de mi corona, la mitad de mi cetro, y todo el corazón.

Esta vez la pobre Gelia se puso sucesivamente pálida y encendida, los latidos de su corazón fueron mucho mas acelerados, dudó, tembló, pero al fin dijo, con los ojos empañados por el llanto y tembloroso acento:

—¡Pasad, señor, pasad!..... Jamás me separaré del amigo de mi infancia; jamás desobedeceré á mi padre!

Y pasó el Rey, y desapareció á lo lejos, y la niña llorosa, pero contenta de sí misma, siguió recibiendo las caricias de su pájaro querido.

Llegó la noche: las brumas del mar subieron hasta el cielo y lo entoldaron; las brumas del cielo se ennegrecieron, y convirtiéndose en grandes copos de nieve, cubrieron la tierra con una sábana brillante.

Entonces los aludes se desprendieron con estrépito de

las montañas; los aquilones arrancaron de raíz los árboles centenarios.....

Gelia entró en su casita blanca, blanca como la nieve, y cerró la puerta; pero casi al instante oyó que la llamaban de la parte exterior, con voz dulce y quejumbrosa.

El que llamaba era un anciano peregrino, de blanca barba y aspecto venerable. Iba apoyado en su nudoso bastón de viaje, y los copos de nieve cubrían su hábito de un color indefinible.

El anciano murmuró con acento dolorido:

—¡Tengo siete hijos que mueren de hambre lejos de aquí, reclinados en un montón de paja! ¡Tengo una esposa que está velando en su agonía, la agonía de sus hijos! Soy anciano y desvalido: nada poseo sobre la tierra, ¡ten lástima de mí! ¡Oh, si me dieras ese pájaro brillante yo lo vendería á un alto precio, y con su producto llevaría pan á mis hijos moribundos!

El rostro de Gelia se fué transfigurando al oír estas razones: brilló en sus ojos el fuego sublime de la caridad, y exclamó con apasionado transporte:

—¡Toma mi pájaro, toma mi vida, y lleva pan á tus hijos!.....

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras las nubes se rasgaron y el sol brilló sobre el azul del cielo. Una luz rosada y esplendorosa iluminó la atmósfera, y á esta luz Gelia vió que el peregrino se transformaba en ángel.

—¡Ven, la dijo la celestial vision, ven á los jardines

eternos en donde te aguardan tus padres! ¡Has resistido á las seducciones de las riquezas, á las seducciones del amor y la ambicion, y solo has cedido á la caridad bella y sacrosanta!..... Ven á vestir en los cielos túnicas de inmortal belleza, ven á ceñir coronas de espléndida hermosura, ven á reinar sobre el corazón de un esposo, que es el Dios de cuanto existe!..... ¡Ven!..... ¡Ven!.....

Gelia, arrobada, estática, quiso seguirle..... pero se acordó de su pájaro querido.....

Volvióse para buscarle, y vió que también se había transformado en ángel.

—¡Yo era el espíritu de tus padres, la dijo, que velaba junto á tí!

—¡Ven, dulce niña, ven!..... exclamaron juntos los dos hermosos querubenes.

Resonaron por todas partes cánticos, ecos y armonías. La luz se hizo mas espléndida, mas diáfanas las nubes, y el alma feliz de Gelia, sostenida por los dos arcángeles, se remontó sobre los celajes de oro y grana, subió de sol en sol, y entró triunfante en el Sagrario Eterno!.....

¡Oh, Laura, Laura mía, desdeña las pasajeras riquezas, los pasajeros goces de la tierra, y en alas de la caridad bendita, vuela como Gelia, á vestir en los cielos túnicas de inmortal belleza; vuela á ceñir coronas de espléndida hermosura, y á reinar sobre el corazón de un esposo, que es el Dios de cuanto existe!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

ÚLTIMO CANTO.

A mi simpática amiga la señorita D.^a MARÍA DEL CARMEN
SENOSIAIN.

Aunque triste enmudecí
Entregada al desaliento,
Quiero que mi último acento
Sea, Carmen, para tí.

Guarda de la lira mía
El triste adios cariñoso,
Como recuerdo amoroso
De la que cantó algún día.

Canto en triste desaliño,
Porque vea tu alma pura
La espresion de mi ternura,
La ofrenda de mi cariño.

No me acuses de callar
Esta amistad, que es mi encanto;
Mi corazón siente tanto,
Que no lo puede espresar.

Cuando mi acento elevé
Por vez primera en el suelo,
Á mi madre allá en el cielo
Mi inspiracion dediqué.

Desde entonces mis pesares
Confíe al laud sonoro,
Y fué la madre que lloro
El ángel de mis cantares.

Si aquel ángel fué el primero
Que mi canto recibió,
Otro ángel miro en tí yo,
Y te dedico el postrero.

Feliz, pues, mi suerte ha sido;
Pues acoje en mi quebranto
Un ángel mi primer canto,
Otro mi postrer gemido.

Gemido que en dulce calma
Va á perderse en el ambiente,
Y que busca dulcemente
Asilo en tu virgen alma.

Acéptalo en conclusion,
Recoje, amiga querida,
La última nota perdida
De mi pobre corazón.

CLOTILDE AURORA PRINCIPE.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

PROLOGO.

—Mauricio, ¿oyes lamentos en el olivar?

—Déjame dormir, y no seas aprensiva; yo no siento nada.

—Te aseguro que hace una hora estoy escuchando gritos penetrantes, y tengo un miedo horrible, no puedo descansar.

—Será el viento: esta noche silba entre los olivos como si fuera un condenado.

—Levántate.

—Vaya, mujer, que cuando te empeñas en una cosa no hay quien te sufra.

—Mi sospecha debe ser cierta; cuando el Turco ladra, y de un modo aterrador, alguna desgracia sucede.

—Quien sabe si esa gavilla de perdidos que andan robando por esos pueblos habrán cogido á algun caminante.

—Pues está apetecible la noche para ir de viaje con estos frios tan horrosos.

—¡Calla!.. y que tienes razon, ahora oigo á modo de un gemido lastimero... voy á escape á vestirme, y saldré; con mi escopeta y mi cuchillo no temo á nadie.

Esta conversacion la tenian dos ancianos, marido y mujer, en una tenebrosa noche del mes de Enero, en época algo lejana hácia el primer tercio del presente siglo.

Sucedia lo que vamos á referir en las cercanias de Tórtola, pueblo de escaso vecindario de la provincia de Guadalupe, donde el Duque del Infantado tiene grandes posesiones.

Mauricio era el guarda, y habitaba con su mujer una pequeña casita construida junto á un olivar, que el Duque posee en aquel término. Hermosa finca, notable por su riqueza y por la singularidad de tener tantas hileras de olivos y tantos olivos en cada hilera como dias tiene el año.

El valeroso guarda era un hombre terrible, y de una fuerza hercúlea, y no solo esforzado y animoso, sino arriesgado; así fué que sin temor ninguno al peligro se levantó precipitadamente, vió si las armas estaban corrientes, y saliendo al campo, cerró la llave de la puerta de la calle, y colocándola en uno de los bolsillos de su chaqueta, se internó con cauteloso paso en el olivar.

La noche estaba oscura y fria; una lluvia continua por aquellos dias habia inundado los campos, y en muchos sitios eran tan profundos los lodazales, que solo podian salvarse teniendo mucha ligereza para saltar, y un gran conocimiento del terreno. A pesar de todo, Mauricio se vió á veces sumergido en los charcos, necesitando de todo su valor para salir de ellos.

En uno de los extremos del olivar habia desde tiempo atrás una cruz de piedra, que los habitantes del pais colocaron allí en memoria de un hijo del pueblo á quien los franceses asesinaron en aquel sitio en la guerra de la Independencia.

Mauricio se detuvo á escuchar.

El viento gemia entre los espesos olivos, y á lo lejos algu-

no que otro perro de los ganados vecinos dejaba sentir de vez en cuando sus aúllidos aterradores.

—¡Si me habré engañado!.. murmuró el guarda avanzando unos cuantos pasos.

Estaba ya muy cerca de la cruz de piedra; esta cruz lindaba con el camino que conducia á Tórtola.

Se detuvo un momento.

Acostumbrados sus ojos á distinguir los objetos en la oscuridad de la noche, pudo ver sin gran esfuerzo que en el camino se hallaban algunos bultos, pero estaban inmóviles y arrojados por el suelo; si eran hombres estaban tendidos.

Mauricio se echó la escopeta á la cara y se ocultó detrás de un árbol.

De repente oyó á su izquierda un gemido, se estremeció. El pobre guarda tenia buen corazon y presentia una desgracia.

Tras el gemido, una voz infantil murmuró con desgarrador acento:

—¡Madre! ¡Madre mia!

Sucedió un silencio profundo á estas palabras de angustia.

Mauricio, despues de asegurarse de que aquellos bultos no se movian, se dirigió al sitio de donde habia salido la voz, y exclamó en tono fuerte.

—¿Quién anda aquí?

—¡Madre!.. madre mia!.. repitieron con mas dolor aún que la primera vez.

El guarda se aproximó entonces; pero faltó terreno á sus piés, y se hundió hasta las rodillas en un inmenso lodazal.

Al pretender salir de aquel cieno, estendió el brazo buscando un punto de apoyo, y su mano tocó una cabellera fina y sedosa, y una frente helada que se inclinaba con la languidez de la flor que falta de vida se dobla sobre su tallo.

Aquella era la cabeza de un niño; y aunque la oscuridad casi no dejaba conocer los objetos, Mauricio advirtió que la criatura estaba sumida en el charco, y adheridos sus piés al cieno no habia podido salir.

Inmediatamente la cogió en sus brazos, y con el auxilio de la escopeta, que le sirvió de apoyo, pudo salir agarrándose á las ramas del olivo.

El niño callaba. Indudablemente estaba medio muerto de frio y de temor, y por mas que Mauricio le estrechaba contra su pecho, no sentia los latidos de su corazon.

—Lo primero es salvarle, dijo el honrado guarda, luego volveré, y se dirigió hácia su casa con la celeridad que le permitia el desigual terreno y la oscuridad de la noche, cada vez mas húmeda y densa.

Su mujer, llena de inquietud, le aguardaba en la ventana.

—Eres tú, exclamó, apenas distinguió á la entrada del olivar la sombra de su marido.

—Yo soy, abre; traigo una criatura casi helada.

—¡Virgen del Cármen! exclamó la buena mujer precipitándose á la puerta.

—Toma, dijo el guarda poniéndola en sus brazos; estaba hasta el cuello en un lodazal. Lábala con aguardiente, y

caliéntala, ya volverá en sí, yo vuelvo á ver si hay alguna víctima mas á quien prestar auxilio.

Mauricio se internó entre los espesos olivos, y Macrina, su mujer, despues de echar el cerrojo, fué á examinar cerca del fuego á la inanimada criatura.

Era una niña de unos tres años, blanca y rubia como un serafín, con unas facciones tan delicadas y unas formas tan esbeltas, que causaban admiración.

—¡Qué hermosa criatura! Dios la bendiga: y casi no respira; pero vive!... Ay! sí!... siento latir su corazón bajo mi mano. Está solamente aterida por el frío y el lodo que la envuelve.

La pobre mujer echó mano á un manojo de sarmientos que tenia junto á la chimenea, los puso en las ascuas, y soplando con alguna fuerza consiguió que levantasen llama inmediatamente; luego con la niña en la falda, empezó á desnudarla, quitándole aquella ropa mojada, y tomando un lienzo la dió fricciones con aguardiente templado.

Poco despues, la niña abrió los ojos y rompió á llorar.

—Mamá!... mamita mia!... dónde estás? dijo.

—Hija de mi alma!.. gracias á Dios que la oigo... decia Macrina poniéndola en la cabecita un pañuelo de algodón y envolviéndola en una manta de lana. Y qué hermosa eres!.. Pobrecita, cuanto daria porque fueras hija mia.

Sus caricias y sus ardientes besos hicieron reir á la niña, que agradeciendo aquel cariño se las devolvía con su infantil ternura.

—¿Cómo se llama tu mamá? la preguntó.

—Mamá... mamá... osa, balbuceó la niña.

—Osa, y que es osa, querrás decir Rosa ó Sinforosa.

—No, mamá osa, mamá osa, papá Lel...

Esto era todo lo que la niña sabia decir: madre, mamá osa, papá Lel; no era posible comprenderla.

—¿Y tú, cómo te llamas?

—Yo amo ía.

—Ya... será María.

—No, ía, amo ía.

—¿Lucía?

—No, no, ía, ía.

—Pues señor, estamos bien; si no pareciesen los padres de esta criatura, ¿cómo la llamaríamos?

—Abre Macrina, dijo Mauricio desde fuera.

—Allá voy; espérate un poco, contestó su mujer soltando la niña junto al fuego y dirigiéndose á la puerta.

El guarda entró muy cabizbajo.

—¿Vienes solo? ¿qué ha sucedido? y estás temblando de frío; ven á calentarte y cuéntame lo que has visto. Mira, echa un hacecillo de sarmientos; ahí los tienes á tu derecha, Macrina volvió á coger la niña en sus brazos y se sentó en la losa del hogar.

Mauricio tomó asiento en un taburete de madera, y encandilando un poco la lumbre con secos sarmientos, dijo á su mujer:

—Esa cuadrilla de ladrones que anda por estas cercanías ha debido hacer un robo junto á la cruz del olivar.

—¡Qué bribones! ¡ay! ¿sabes que yo tengo mucho miedo en esta casa?

—¡Qué disparate! Si estamos á dos pasos de Tórtola, y además ¿qué nos han de hacer á nosotros los ladrones?

¿Tenemos acaso siquiera con qué tentar su codicia? Gracias que con mi jornal podíamos comer unas sopas de ajo.

—Tienes razon; ¿y qué has visto?

—Dos muertos que hay en medio del camino, y varias ropas esparcidas de acá para allá.

—¡Jesús, valedme! ¡Dos muertos! ¡ay, qué miedo!

—Reza por ellos, Máxima, y cuida de esa niña; yo, ya que me he calentado un poco, voy á dar parte al alcalde.

—¡Infeliz! ¿quién sabe si seria alguno de ellos su padre! dijo la pobre mujer inundando de besos á la hermosa criatura, que se habia dormido en sus brazos.

I.

La Guardesilla.

Era un domingo del mes de Mayo; la campiña verde y risueña se ostentaba en toda su lozanía, presentándose los campos en las inmediaciones de Tórtola con una frondosidad admirable. Como dia festivo, los vecinos de la pequeña villa estaban de holganza, y en particular los mozos y mozas perfectamente ataviados con sus trajes de gala, se agrupaban en la plazoleta que habia entre el olivar del Duque y la casa del guarda.

Allí se veían una docena de gallardos labradores, con sus guitarras debajo del brazo, y otras tantas graciosas aldeanas, que solo aguardaban á una de sus compañeras para dar principio á las populares y graciosas seguidillas.

—En baile, muchachas, dijo uno de ellos, que me canso de tocar.

Rodeaba las ventanas y la puerta de la casa del guarda una frondosa parra, debajo de la cual, y todo alrededor de la fachada principal, corría un poyo de yeso, ocupado á la sazón por algunas labradoras, que habian ido hasta allí en seguimiento de sus hijas, y por estar á la mira de que no cometiesen alguna lijereza como muchachas alegres y de buen humor.

—Mi Clementa es la mas juiciosa de todas, decia una vieja regordetilla.

—Sí, porque tú no la dejas ni á sol ni á sombra; si la vieras cuando está sola, es capaz de revolver á Roma con Santiago.

—No digas eso, Chiripa; si parece una malva, contestó la viejecilla.

—Ya, ya, buena malva está; ella y la chica de la guardesa tienen perdida la cabeza á todos los mozos del lugar.

—¡Toma! ¡eso ya lo creo! como que son las mas hermosas.

—Y la guardesilla tiene humos de gran señora; mírala ya sale lleno el moño de flores y con un talle que cabe entre mis dos manos, y aun son anchas, dijo Chiripa.

—¿Está Vd. hablando de mí, señá Chiripa? Miste que me enfado, repuso la jóven que habia oido las anteriores palabras, y se dirigió hácia donde estaban las dos cotorras.

—Hija, no te ofendíamos en nada, exclamó la madre de Clementa.

—Es que cuidao; porque no lo consentiré mi padre, que es el guarda mas antiguo de en cá el Duque.

—¡Vaya la muñeca!... y á mí qué me importa tu padre ni tú tampoco, la dijo amostazada la Chiripa.

—Cómo que no; ¿entonces á qué viene Vd. aquí? ¿Para bailar con las muchachas?

—Vengo á ver si le quito de la cabeza al majadero de mi hijo una aprension que le ha dado.

—La de requebrarme, ¿no es verdad? Pues no tenga usted pena que yo se la quitaré, dijo la jóven repicoteando las castañuelas con mucha gracia y plantándose de un salto en medio del corro.

—¡Qué salada es! ¡Dios la bendiga!... ¡si tiene una gracia!... dijo la madre de Clementa mirándola embobada.

—Así la habeis envanecido vosotras, como si no hubiera otra en el lugar; tu Clementa es mas linda.

—Cada una por su estilo; las dos son guapas, y lo mejor es que se quieren como hermanas.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

TEATROS.

Hoy cambiará el rumbo de nuestro camino. No haremos observaciones respecto de los teatros de declamacion, ordinario asunto de estas revistas, porque nada nuevo nos han ofrecido en la última semana: en la próxima nos darán probablemente larga materia con la segunda época del coliseo de la ZARZUELA. Hablaremos algo de música, arte bello que cada día adquiere más alicionados en la sociedad contemporánea, ¡bajo todas las diversas fases en que puede manifestarse.

Es pasmoso lo que de algun tiempo á esta parte acontece en Madrid con relacion á la música seria y clásica.

Aunque no creamos sincera y bien fundada la aficion de muchos que la aplauden, siempre se echa de ver que en un período de veinte años se ha pasado desde el extremo de calificarla de *sabia* en son de censura, y de no poderla resistir en espectáculo público, hasta el de oirse por dos mil personas con satisfaccion, y aún con entusiasmo, una composicion tan larga y severa como lo es la *Sinfonia pastoral*, de Beethoven.

Ayer, puede decirse, no imperaban en el gusto público más que las sencillas y regulares melodías de la escuela dramática italiana, de modo que *Roberto il diavolo* era juzgado con dureza y desden en el teatro: hoy se aplauden en éste óperas como *Fausto* y *El Profeta*, y fuera de él se acude con avidez á oír y saborear esa música que Fétis llama trascendental, ejecutada por cuatro solos instrumentos de cuerda en un salon del Conservatorio.

Y no es esto todo lo digno de admiracion. Merécela mayor el caso de que los profesores, no ya el público ignorante, que ayer parodiaban las más conocidas frases de una sonata ó de una sinfonia de pura raza clásica, hoy gozan, en su mayor número, oyendo, ejecutando y ponderando la misma sinfonia ó la misma sonata, objeto antes de sus epigramas y burlas.

Razon, pues, teníamos en decir que es pasmoso lo que sucede en Madrid tocante á la música clásica y seria.

Consideraciones de este género se nos ocurrían, no por vez primera, al ver el aspecto que el domingo pasado presentaba el Circo del PRÍNCIPE ALFONSO, con ocasion del primer concierto que en el año actual daba la sociedad de profesores que dirige el maestro Sr. Barbieri. Aquel espacioso local se hallaba completamente lleno: en la concurrencia se distinguía una parte numerosa de la sociedad notable de la

corte: casi todas las obras se oyeron con aplauso y algunas merecieron los honores de la repeticion. Semejantes circunstancias comprueban en parte lo que antes decíamos, pues si bien las piezas ejecutadas no eran clásicas en su mayoría, entre ellas figuraba nada menos que la *Sinfonia pastoral*, íntegra, lo cual era de por sí una difícil prueba.

Pasando ahora á concretarnos á las obras ejecutadas y al desempeño que alcanzaron, únicamente podremos hacer someras apreciaciones generales.

De Mozart se tocó la overtura de *El flauto mágico*; de Haydn el *Himno austriaco*, con variaciones; de Bethoven la *Sinfonia pastoral*; de Cherubini el *Dies ira* de la gran *Misa de Requiem*: Rossini estuvo representado por la serena que comienza *Mira la blanca luna*: recordó á Meyerbeer la overtura de la ópera cómica *Le Pardon de Ploermel*, y en el mismo género se tocó la de *Raymond*, de Ambrosio Thomas. Por último, se cantó un motete *Versa est in luctum* de un autor llamado, al decir de los carteles, Werthem-Meister, pero sobre esta personalidad desconocida pueden abrigarse fundadas dudas.

Muchas de estas piezas fueron repetidas, segun antes indicamos; pero la que para ello obtuvo más nutrido aplauso fué la overtura de *Raymond*, manjar sencillo y apetitoso, y más en armonía con el paladar de la generalidad. No hay para qué consignar en este lugar que la obra mas notable era la *pastoral*; sólo añadiremos que la ejecucion fué desigual, pudiendo considerarse que de las cinco partes que la componen, la primera, ó sea el *allegro* titulado *Sensaciones agradables que el campo inspira*, fué la desempeñada con más unidad, gusto y colorido. En punto á efecto, lo alcanzó y muy enérgico la tremenda *secuencia* de Cherubini, concepcion severa y grandiosa que logró una acentuacion vigorosa é imponente tanto por la orquesta como por el coro. No así aconteció respecto del *Himno austriaco* pues faltó en él espresion y vida: aquel hermoso canto, encomendado á tantos y tan buenos ejecutantes, produjo menos efecto que el que causa oído á cuarteto en los que dirige Jesus Monasterio; y sin que sea decir que salió mal ejecutado, pues nada de eso hubo, solamente recordaremos en punto á su colorido lo que hablaba en tono de chanza un hombre de ingénio: que despues de haber oído el *Himno*, comprendía por qué los austriacos habian sido vencidos en Kenisgraetz. Meyerbeer fué poco favorecido por el resulta-

do de la impresion pública, pues la overtura de *Le Pardon de Ploermel*, admirablemente ejecutada por cierto, pareció fatigosa y rebuscada despues de la fácil y simpática música de la *serenata* de Rossini, arroyo suave y trasparente, flor de puro perfume, ave de melodioso gorjeo. Para concluir diremos acerca del *motete* que está bien compuesto y que fué bien cantado, con aplauso y repeticion. Pero, como antes indicamos, el nombre de Wermuth-Meister no acaba de convencernos: hay en la obra cierta filiacion de ideas, ciertas analogías, que nos hacen dudar del germanismo de su origen; y cuenta que al hablar así no reparamos en lo desconocido del nombre del padre adoptivo, sino sólo en la indole y caracteres de la obra. En fin, esta es buena y salió bien desempeñada: aplaudamos por lo tanto al compositor, sea quien sea, y á los ejecutantes.

De todo lo apuntado hasta aquí se infiere que el primer

concierto del Sr. Barbieri ha sido notable y muy favorecido por el público. Creemos que la fortuna le asistirá tambien en los sucesivos.

Han visto nuestras lectoras que hoy hemos abandonado la literatura para hacer una excursion al campo de la música, colocando el concierto de que hemos tratado en la parte de este semanario destinada á los espectáculos públicos bajo el epigrafe de *Teatros*.

Vendrá la reseña inmediata y en ella podremos hablar de obras dramáticas, puesto que para entonces se habrá estrenado ya *Quiero y no puedo* en el coliseo de la ZARZUELA, produccion que ha de despertar el interés público, segun lo que por ahora puede sospecharse.

Deseámosle próspera y larga vida.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

Esplicacion del Figurin de peinados.

Núms. 1 y 2. *Peinado* de sociedad, compuesto de dobles bandós y moña de cocas.

Se abre raya transversal para este peinado y otra en medio de la frente, rizando el pelo de ambos rizos, y haciendo con el de cada uno tres separaciones: con las dos de encima se hace un bandó abultado sobre la frente y otro retorcido encima, y con la inferior, uno vuelto hácia arriba sobre otras dos. El pelo de atrás se dispone en cocas muy altas y sostenidas con crepé, adornando el peinado hojas y frutos de palmera.

Núm. 3. *Peinado* para teatro, compuesto de rulós rodeados de perlas.

Ábrese raya como para el peinado anterior, separando el pelo de cada rizo en tres partes, haciendo con cada una un ruló que vá á reunirse recto al tronco del pelo: cada uno de estos rulós se rodea de perlas, y con el pelo de atrás se hacen otros semejantes, que forman gran lazada detrás de la oreja, y rodete alto, completando el peinado, que debe ir rociado de polvo blanco, un gorrito húngaro de terciopelo azul con sprit y sarta de perlas.

Núms. 4 y 5. *Peinado* para baile, compuesto de bandós con sortijillas en el centro, rodete espiral y bucle postizo.

Ejecútase este peinado abriendo tambien raya transversal, y otra en medio, y se levanta el pelo de ambos rizos en bandós lisos, volviendo las puntas rizadas del mismo pelo á formar el grupo de sortijillas que ocupa el centro, si no se quieren poner postizas, que es mas cómodo, en cuyo caso las puntas del cabello de los rizos se rodean al tronco. Con el pelo de atrás se hacen cuatro rulós rodeados á un molde, y se prenden todos hácia la izquierda formando espiral. Tirabuzon suelto á la izquierda, peina de perlas, y pluma blanca con broches ricos, completan el peinado.

Esplicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

Núms. 1 y 2. *Gorra* de mañana, formada por bieses de muselina, bordados con trencilla, y cuadros de malla bordada.

Núms. 3 y 4. *Cuello y puño*, bordados á punto Méjico.

Núm. 5. *Entredos* para enagua, bordado al mismo punto.

Núm. 6. *Cenefa*, bordada con cordon ó trencilla.

Núm. 7. *Otra*, id. id.

Núm. 8. *Otra*, á punto ruso y Méjico.

Núms. 9, 10, 11 y 12. *Genefas*, á feston y punto ruso.

Núms. 13 y 14. *Entredoses*, bordados á plumetis.

Núm. 15. *Abecedario*, bordado á plumetis.

Núm. 16. *Cuadro*, bordado á punto Méjico y pasado, para cubierta de acerico.

Núms. 17, 18, 19 y 20. *Escudos y letras*, bordados á plumetis.

Núm. 21. *Pañuelo*, bordado á plumetis y terminado por jareton.

El patron que va á la espalda, es del *peplum* escotado que mostraba el figurin que acompañó al número anterior. Consta de solas cuatro piezas, que muestran en la union de las letras su colocacion, y puede hacerse en seda, para acompañar á traje blanco, como le mostraba el figurin, ó en tul para colocarse sobre traje de seda.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.